

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

Superyó

Introducción

Freud introdujo el término de superyó en 1923 en su ensayo titulado El yo y el ello, con el fin de agregar una dimensión genética al mito de Tótem y tabú (1 n). Expone allí lo que advino luego del desarrollo del drama mítico, de manera de dar cuenta de la disolución del Edipo. Una vez realizado el asesinato de aquel que pone una barrera al acceso al goce, los hijos adoptan, entre ellos, la ley del padre que han matado. El superyó será así el heredero del complejo de Edipo: será el producto de una “identificación al padre de la prehistoria personal”, de una “identificación a los padres” y, como lo dice Freud más lejos, de una “identificación con el modelo parental”. No es posible a partir de allí, economizarle al sujeto el concepto freudiano de la identificación. Pero el recurso a esta fábula que relata un acontecimiento supuestamente acaecido en el origen de la humanidad puede sorprender. Queda, en este acabamiento del Edipo, una torsión entre historia y estructura que hay que tratar de enderezar.

El superyó designa una verdad principal que la noción de transgresión no basta para describir, pues, más allá, cuando una coerción o una barrera cualquiera es derribada, se reestablece de manera necesaria. Pero esto no permite aún mostrar en qué esta pretendida instancia del superyó agrega al escándalo que ya son, para nuestras categorías lógicas, el inconsciente y la sexualidad postulados por Freud, así como el psicoanálisis mismo. No hay otra solución que reconocer allí una paradoja. Y la dificultad culmina con la formulación, en el discurso freudiano, de la hipótesis de una pulsión de muerte. De hecho, se trata siempre de una misma estructura, recurrente en la obra de Freud. Se puede intentar esbozar el perfil de esta aparente antinomia, que se encuentra tanto en la doctrina como en la práctica. La cuestión del superyó es para ello particularmente propicia.

1. La elaboración de la noción

La introducción del superyó no es en 1923 cosa nueva bajo la pluma de Freud, quien ha situado muy temprano la censura como siendo aquello que comanda la represión. El superyó será esta instancia que vigila y critica. Está anunciada, sin

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

ser aún designado con ese nombre, en 1914, en el ensayo Para introducir el narcisismo (1i), donde está dicho que “ no sería sorprendente que encontráramos una instancia psíquica particular que lleve a cabo la tarea de cuidar que la satisfacción narcisística proveniente del Ideal del yo esté asegurada, y que, en esta intención, observe sin cesar al yo actual y lo mida con el ideal”. Freud reconoce entonces en este lugar la conciencia moral. Con el término de superyó, en 1923, aporta algo nuevo en la manera que él tiene de introducirlo, preocupado entonces por esclarecer las extremas dificultades que encuentra en su práctica.

Señalemos la manera en la cual él termina el capítulo, que, en su ensayo, trata acerca del yo y del ello. Anuncia el capítulo siguiente consagrado al superyó esbozando las relaciones del yo con la conciencia y nos pone así en el camino hacia la solución de la paradoja en que va a devenir la cuestión del superyó. Es llevado a hablar de un sentimiento de culpabilidad y, mejor aún, de una conciencia moral inconsciente. No se trata allí, bajo la pluma de un tal autor, una visión del espíritu, una simple manera de hablar, una imprecisión. Como lo subraya él mismo, encontramos aquí, con nuestras escalas de valores corrientes, una oposición entre bajas pasiones, que el psicoanálisis estudia, y realidades elevadas, que algunos de sus adversarios le reprochan injustamente de descuidar. Se trata allí, en efecto, de la principal dificultad de la doctrina de Freud. Si nosotros constatamos una oposición que de ninguna manera hay que desconocer entre lo más profundo, o lo más bajo, y lo más alto, hay que también admitir, y la cosa puede parecer curiosa, que estas dos posiciones extremas y opuestas se encuentran en el inconsciente. Es la noción misma que nos hacemos de este último que está aquí en cuestión.

Con el capítulo siguiente, otra dificultad se le impone al lector: desde el título, El Yo y el superyó (Ideal del yo), luego en el texto, donde, en ocasión de la primera aparición del término, el superyó se encuentra identificado al Ideal del yo. Que una instancia tenga dos nombres debe sorprender aún a un lector apurado, al menos que se trate de dos cosas diferentes. En este caso, uno se ve llevado a interrogarse acerca de las relaciones que mantienen entre ellas.

El Ideal del yo nos es conocido desde 1914, fecha en la cual Freud forja su noción con la del yo ideal en Para introducir el narcisismo. En 1921, en Psicología de las masas y análisis del yo (1 j), desarrolla la función del Ideal del yo en la constitución de las masas, luego de haber situado esta instancia en su teoría de la identificación de la cual él da entonces la formulación mayor. Presenta el Ideal del yo – “esta expresión primera de un lazo afectivo con otra persona”- como siendo un ejemplo seguro de identificación. Finalmente, en

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

1923 aún, describe las dificultades que lo conducen a tratar el superyó, y que él designa con la expresión “reacción terapéutica negativa”, inmediatamente después de haber hablado de las dos especies de pulsiones sacadas a la luz por el psicoanálisis. Cierne así la manera en la cual el sujeto, aún en la cura, puede mantenerse en la enfermedad hasta el punto de preferirla con respecto a la curación, movido en esto por la necesidad de castigarse.

Cuál es la razón entonces de la insistencia de esta instancia tan dudosa? De dónde provienen su dominación, su “carácter compulsivo que se manifiesta como un imperativo categórico”, su crueldad? ¿La teoría de las pulsiones es también necesaria para aclarar el problema? Pero, sobre todo, no hay que tener miedo de reconocer en este, desde el inicio, una paradoja lógica, que parece borrar el término de superyó. ¿Cómo se puede hablar en efecto, de una conciencia moral inconciente? Debemos entonces considerar que nuestras clásicas categorías lógicas se agotan al tener que aceptar tales razonamientos y que, si la solución necesita una inversión de la escala de nuestros juicios, nos incumbe forjar las categorías que permitan dar cuenta de estas paradojas. Esto se impone si uno no quiere volverse incapaz de no juzgar más nada, si se busca evitar un relativismo de mala aleación que conduce al cinismo o a las simplificaciones. En cuanto a invocar como legítima una cierta irracionalidad, será recurrir a un facilismo, que no puede concebirse en el psicoanálisis.

La voz de la conciencia sufre, con la noción de superyó, una inversión. El superyó, instancia secundaria, debe ser anudado al Ideal del yo, situado por Freud como instancia primera en su capítulo que trata en 1921, de la identificación – y esto sin que sea minimizada su relación de oposición ni tampoco la de identidad. Los mejores entre los analistas no se equivocaron allí, tal como Melanie Klein, que hace remontar al superyó a fases muy precoces. Pero esta vía regresiva es insuficiente, pues hay que ir hasta el final de las consecuencias que los hechos imponen. Todavía más en tanto estamos en ese campo que restringe sus medios a los del análisis, mientras que en otros lugares razones de utilidad pueden siempre ponerse como opuestas a los hechos.

El vuelco en cuestión se produce según una estructura que hay que encontrar, pues permanece desconocida en las incomprendiones y los errores que se cometen en la lectura de Freud y en la práctica del psicoanálisis. Pero, con el fin de asumir la solución que presenta tal vuelco hasta en sus efectos prácticos, hay que estar a la altura de explicarla, lo que es también una exigencia freudiana. A menos de librarse al rearmado de un problema antiguo que es la manera como procede desde siempre el moralista, uno se encontrará entonces llevado a las paradojas de la lógica y de la teoría de los conjuntos, tales como se las puede cernir luego de los trabajos de Kart Gödel y de Paul J. Cohen, que renuevan la matemática de hoy en día.

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

No es sino en el último capítulo de su ensayo de 1923 que Freud formula las definiciones retenidas por la mayoría de sus lectores y comentadores. Pero, aún en ese texto, el problema permanece, pues el superyó es definido allí como “la primera identificación que se ha producido cuando el yo era aún débil” y como “el heredero del complejo de Edipo y que ha entonces introducido en el yo objetos de más alta importancia”. Uno se encuentra aquí con la noción de primera identificación, de identificación primitiva en consecuencia, la noción de altura que algunos estarían dispuestos a ubicar, en una perspectiva evolucionista, en lo alto de su escala de valores. No se puede entonces tratar esta cuestión sin volver al Ideal del yo, que hay que distinguir del superyó y del yo ideal, otra instancia introducida con el narcisismo.

2. Moral e “Ideal del yo”

El superyó nos obliga a ponernos al día con respecto al problema moral. Pues, con esta noción, se trata del aspecto oral del alma, del alma oral. Se puede escuchar, por ahí, la voz de la conciencia en las alturas y su correlación con la primitiva pulsión oral involucrada en la mama y los gritos. Si se entra más adelante en el universo de la falta se debe admitir que la naturalización del deseo, que fue emprendida por los libertinos del siglo XVIII y que continúa fascinando hasta el corazón del psicoanálisis, ha sin embargo ya hecho la prueba de su insuficiencia. Son muy pocos los que llevan la investigación hasta el fin. Se vuelve a Dios. Y Dios no se negocia tan fácilmente. Queda para los psicoanalistas repartirse en dos clases: ya sea que adopten “una moral de las más comprensivas” para no parecer malvados, o ya sea que lleguen a “ser deferentes con los imperativos obscenos y feroces del superyó”, para no dar el aspecto de quedar rezagados, por demasiada gentileza. Hay que darse cuenta que esta segunda posición no es menos demagógica, o menos terrorista que la primera en sus efectos que la precedente. Hay otro imperativo a oponer al superyó, si se vuelve a partir de la misma manera que Freud fue conducido allí. Se retomará esta cuestión con la introducción del Ideal del yo en el conjunto de la construcción freudiana, pero esforzándose en leer allí un problema y proponer soluciones.

Con su estudio Para introducir el narcisismo (1914), Freud trata de dar cuenta de una distinción entre la energía no sexual de las pulsiones del yo y la libido, en

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

ocasión del pasaje, por el juego de las investiduras de imágenes de la libido del yo a la libido de objeto. El narcisismo es un término medio entre el yo y los otros, puesto que consiste para yo mismo en tomarme como otro, con ciertas condiciones necesarias que están en la imagen que me hago de mí, sobre mi imagen narcisística.

No pudiendo comentar el conjunto del texto, se tomarán las cosas en el momento en que Freud plantea la cuestión de saber qué deviene la libido del yo en el adulto cuando el sujeto ha abandonado los delirios de grandeza y su narcisismo infantil. Él describe el conflicto psíquico que conduce a la represión, mostrando que ésta es el hecho del yo, con la expresa condición que haya ideal. Y él define dos instancias ideales, que son el Ideal del yo (Ichideal) y el yo ideal (Idealich) – expresiones en las que los términos se encuentran de manera inversa en la lengua alemana y la lengua francesa. Freud señala que el sujeto “no quiere quedarse sin la perfección narcisística de su infancia, (...) él busca volverla a ganar bajo la nueva forma del Ideal del yo”. Anteriormente, él había anotado: “Aparece que el narcisismo es desplazado a este nuevo yo ideal...” Uno se encuentra introducido de lleno en el problema si uno observa que las dos expresiones Ideal del yo y yo ideal no pueden ser distinguidas en este texto, cuando, aquí tampoco, el estilo de Freud es impreciso. Se puede uno aquí detener un momento para ubicar estos elementos ideales en los esquemas de Freud y de Lacan. Esto ayudará a seguir sus respectivas exposiciones siempre que se tengan en cuenta las faltas que conllevan tales ilustraciones en imágenes.

3. Del aparato psíquico a la estructura del sujeto

En los comienzos de su descubrimiento, Freud había intentado establecer una clínica psicoanalítica según un punto de vista genético, suponía un recorte temporal de la construcción del aparato psíquico correspondiente a traducciones sucesivas (fig. 1). Las afecciones psíquicas se diversificaban según la etapa del desarrollo en el que se había producido un defecto de transcripción o de traducción.

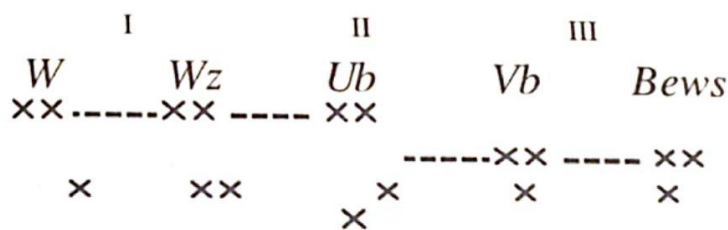


Fig.1

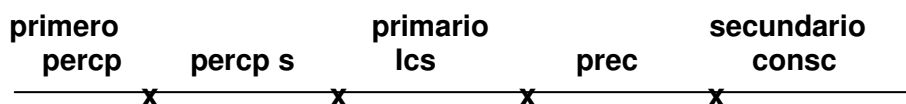
Grafo de la carta 52. Las abreviaciones se leen así: W=P=percepción
 WZ=PS=percepciones-signo Ub=Ics=inconsciente Vb=Pcs=preconsciente
 Bews=Cs=conciencia

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

Desde la época de *El Nacimiento del psicoanálisis*, en sus manuscritos y en la carta 52 de su correspondencia con su amigo Wilhelm Fliess (como en el esquema de la figura 1), así como en el capítulo VII de su obra mayor *Die Traumdeutung*, donde se aprende a leer “la significancia de los sueños”, Freud trazaba cuadros y esquemas. Muy tempranamente, en efecto, se planteaba la pregunta del cierre del aparato psíquico, mientras que postulaba que éste se elabora por traducciones y transcripciones sucesivas. Nadie se había dado cuenta hasta aquí de qué manera Lacan propuso responder a esta pregunta, a partir de la misma época de la redacción de su lección del seminario nombrada como sobre “La Carta robada” (1956). Él recurre para ello a transformaciones topológicas que explicita definitivamente en la introducción agregada a ese Escrito (publicado en 1957). Esto conduce a dar su función a los esquemas R y L, obtenidos a partir de los esquemas de Freud, por estas transformaciones topológicas regulares. Es interesante, cuando se quiere tratar el superyó, situar sobre estos esquemas el Ideal del yo (I) y la imagen narcisística (i) entre el desplegado histórico que Freud propone y el plegado (segunda transformación topológica o cociente del grafos) de estructura que le debemos a Lacan. Esto se vuelve posible si se trazan dos esquemas que servirán como intermediarios entre los de Freud y los de Lacan. Se trata, por una parte, del grafo (fig. 2) de líneas (primera transformación topológica o dualidad simple de los grafos) que se obtiene a partir del esquema (fig. 1) de Freud (esta dualidad simple consiste en anotar las aristas de un grafo con puntos vértices de otro grafo y de juntar estos puntos con aristas que corresponden por ello a los vértices del grafo de partida), por otra parte, del esquema que esboza el cociente de este grafo de líneas (fig.3), en un plegado preparatorio a la identificación de dos aristas (nosotros lo llamaremos esquema F (Fig.4).



Grafo de las líneas del esquema de Freud

Fig.2

De este grafo de las líneas del esquema de Freud, se pasa a las dos figuras siguientes, de las cuales una es obtenida a partir de la otra por plegado o desplegado (fig.3) según el sentido seguido por la lectura.

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

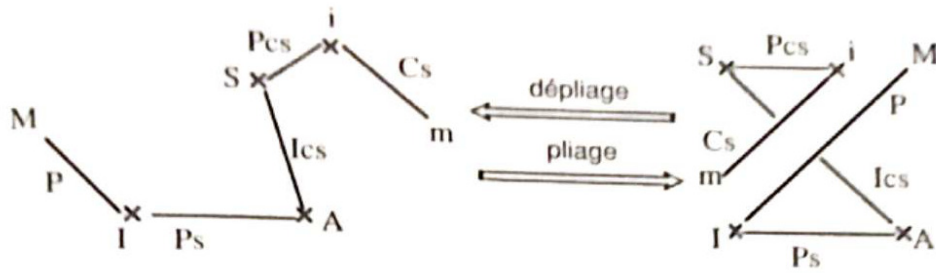
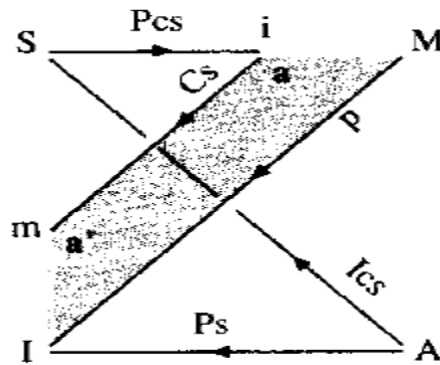


Fig.3

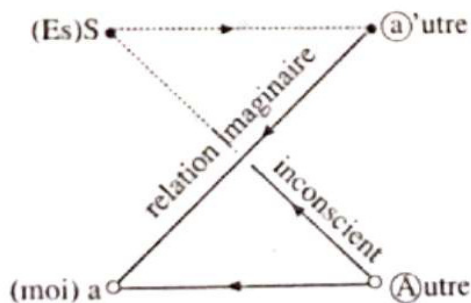
Desde allí, uno se ve conducido al esquema F. El conjunto de estas transformaciones muestra que el pliegue consiste en anudar percepción y conciencia, mientras que la conjunción que separa a estas dos instancias atraviesa el circuito del inconsciente (Ics).



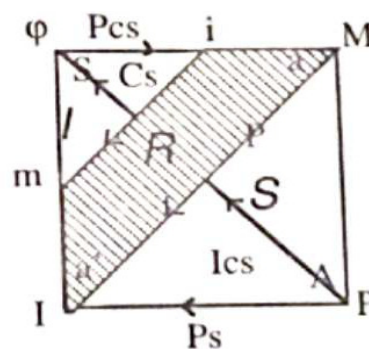
Esquema F

Fig-4

Lo que indica la aproximación de los esquemas L y R de Jacques Lacan (fig. 5 y 6)



Esquema L (E a, p. 53)



Esquema R (Ef, p553)

Fig. 5 y 6

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

La solución que aporta Lacan a la cuestión del cierre de la estructura del sujeto consiste entonces en reconocer un problema topológico en esta dificultad del freudismo. La construcción de lo continuo, que constituye el objeto de la topología (y que precisa la distinción continuo-discontinuo), vuelve a reunir dos cosas que permanecen radicalmente disyuntas. No hay mejor introducción para esta noción que las paradojas de Zenón. Lo continuo contiene una estructura discreta y se distingue de ella, agreguemos que se distingue de una manera certera. Esto releva de la topología general. En cambio, los grafos de líneas y la flexibilidad de los grafos con su dualidad y sus cocientes son problemas muy elementales de topología de las variedades (objetos flexibles de la topología). La identificación y la separación de las instancias continúan, en los capítulos siguientes de la enseñanza de Lacan, en términos de superficies, luego de nudos donde esta superficie existe y nos obliga a modificar nuestra lógica (sin por ello cuestionar la lógica erudita que está en vigencia desde la Antigüedad griega y que se encuentra de esta forma totalmente subvertida). Para poder decir la importancia de estas nociones con respecto a nuestro objetivo, recordemos que, en el curso de los primeros años de su seminario Lacan definió el superyó en Los Escritos Técnicos de Freud como una “Ley en tanto que incomprendida” (SI, 1956-1957). Por el momento, retengamos que él ubica el Ideal del yo en la entrada del aparato, y la imagen narcisística, a partir de la cual él reanima el yo ideal, en el otro extremo del proceso primario.

4. De la identificación a las tres instancias

Pero volvamos al texto de 1914. Luego de haber reafirmado la distinción entre idealización y sublimación, Freud trata sin nombrarlo del superyó bajo el aspecto de una vigilancia del yo y por comparación con el Ideal. Para ilustrar la sintomatología de este superyó, que aquí no está más que supuesto, elige describir, más allá de la conciencia moral, el delirio de observación. Evoca esa voz que le habla al sujeto en tercera persona, lo que nos reenvía a la estructura del chiste y a la estructura de la tercera persona tal como Freud la esbozó en su obra mayor. La formación de esta instancia está ligada a los padres por el intermediario de su voz, luego a los otros – a los educadores, a los profesores y a la masa innombrable, llegando hasta la opinión pública. En 1921, el Ideal del yo se pone en función en la teoría de la identificación. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, la identificación aparece como siendo la manera para el sujeto

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

de resolver sus fracasos amorosos. En el decir de Freud, la noción data de su ensayo sobre el duelo y la melancolía (1917). Con la identificación él generaliza así su definición de la melancolía. El objeto precedentemente investido luego perdido es erigido nuevamente en el yo. Para hacer comprender bien este mecanismo, Freud menciona la identificación primera, la del niño al padre tomado como ideal. Luego comenta el segundo componente del Edipo que toma el aspecto de la relación de objeto con la madre cuando ésta es investida por el niño. La cuestión de la relación de anterioridad entre los dos componentes del Edipo remite a preguntarse si la identificación al ideal que es el padre se produce antes o después de la investidura del objeto que es la madre. Pero este problema se planteó después de Freud. Si permanecemos en el texto, según el cual la primera identificación no es previa sino posterior a la relación de objeto, no se zanja la cuestión de saber si el objeto cuya pérdida provoca la identificación al ideal es aquel de la famosa relación de objeto. Pues el objeto es aquí la madre y la identificación al ideal tiene por objeto al padre. A menos de confundir los padres, a falta de designarlos con dos términos diferentes por otra parte, solución de lo más original y sin duda no muy alejada de la verdad, parece que la primera identificación al padre tomado como ideal, contrariamente a la fórmula general de la identificación freudiana, sea sin objeto previo. En su ensayo de 1923, *El Yo y el ello*, Freud no dirá otra cosa. El problema es saber de dónde le viene su objeto paternal o parental. Sin presentar aquí el conjunto de la teoría de la identificación, no basta subrayar que en 1921 ya no se trata más de la cuestión del yo ideal y no todavía de la del superyo.

En *El Yo y el Ello*, en el capítulo III, se constata en dos oportunidades que es ésa la posición de Freud. Comienza hablando de “la identificación al padre de la prehistoria personal”, pero en una nota que queda de maravillas, él subraya: “Probablemente sería más prudente decir a los padres...” Luego el texto continúa así: “Ésta (esta identificación) en principio no parece ser el resultado o la salida de una investidura de objeto.” Subrayemos aquí el empleo de este “en principio”, que releva de una lógica temporal original y todavía muy poco percibida. Llamaremos entonces a esta identificación “identificación primera al padre tomado como ideal”. En el otro extremo del desarrollo temporal de la estructura (en efecto, un poco más lejos en su texto, Freud, hablando de la desaparición del Edipo en el niño y en la niña, agrega: “Estas identificaciones no responden a nuestra expectativa, pues ellas introducen en el yo al objeto abandonado...”) se ubica la identificación que llamaremos identificación última, si se quieren seguir las indicaciones dadas por Lacan en su *Dirección de la cura*

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

(E i). Hay entonces identificación primera sin objeto previo e identificación Terminal que no introduce al objeto en el yo.

Nuestra investigación se ha referido entonces a tres textos principales, cada uno estando fechado: el primero en 1914, el segundo en 1921 y el tercero en 1923. Encontramos allí tres instancias. Primeramente, la instancia i, el yo ideal; luego, en segundo lugar, I, el Ideal del yo y finalmente, en tercer lugar, el superyó. Estas instancias que se agregan al yo en su constitución se reparten entonces de la siguiente manera según los diferentes textos: en el primer texto, i iguala a I y el superyó no es nombrado, pero se lo establece; en el segundo, se trata únicamente de I, del Ideal del yo, esta instancia es primera y uno se plantea la pregunta acerca de su objeto, en el tercero, el superyó iguala al Ideal del yo y no se trata más de i, el yo ideal (fig.7).

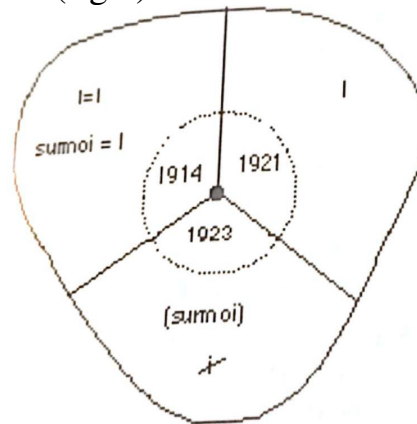


Fig. 7

Uno puede verse tentado a identificar simplemente el superyó al yo ideal, pero sería un error dado que, en el primer texto Freud los distingue. Pero también es falso decir que el superyó no es el yo ideal, pues según el último texto, el superyó ha desalojado al yo ideal, tomó su lugar. Por otra parte la relación entre el Ideal del yo y el superyó releva de la misma lógica, puesto que deben distinguirse, uno como primero en virtud del segundo texto, el otro como secundario según el primero y el tercer texto, y que deben ser identificados según el último texto. Es falso entonces que el Ideal del yo sea idéntico al superyó y es falso que el Ideal del yo no sea idéntico al superyó. Esta lógica hace precisa la tentativa scriptural de Freud cuando, en el titulado de un capítulo de su ensayo de 1923, él escribe: “superyó (Ideal del yo)”. En efecto, estamos en presencia de tres instancias que se comportan como las tres negaciones de la topología del sujeto que es la versión en lógica matemática de lo que hemos mostrado más arriba a partir del plegado del esquema. Así la solución al

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

problema planteado por el superyo da cuenta del objeto de la primera identificación y de la dificultad encontrada por Freud en la reacción terapéutica negativa. Llamamos topología del sujeto a la solución lógica, algebraica y topológica propuesta por Lacan. Es homóloga a la solución del problema del cierre de la estructura del sujeto. Esta solución es presentada en términos de superficies, mientras que el problema es planteado muy tempranamente por Freud en términos de grafos a propósito del cierre del aparato psíquico. El cierre del esquema histórico de Freud en esquema R y esquema L de Lacan luego su identificación a la superficie del plano proyectivo, con la llave de su articulación, ofrece una introducción a la topología del sujeto en términos de objetos flexibles de la topología diferencial. En el extremo de la efectuación de las identificaciones de las instancias tales como Lacan nos las indica, obtenemos la siguiente disposición (fig.8)

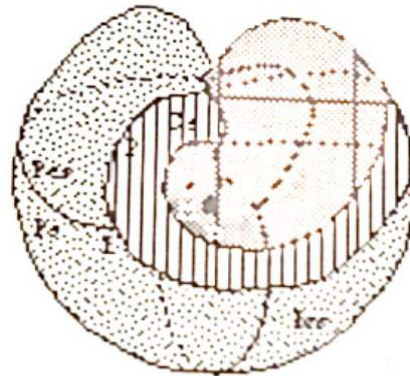


Fig. 8

En efecto, según su plegado y su cierre, el Ideal del yo encuentra secundariamente su objeto con el fin que se realice la identificación primera (I identificado a i). Estas razones y la vacilación admirable que manifiesta Freud a propósito del carácter paterno o parental del superyo nos conducen a hacer partir desde el objeto primordial que es la madre la constitución de este superyo, este objeto es anotado como M en el esquema R de Lacan, se identifica al yo anotado como m. Nuestros cuatro términos se encuentran así a menudo extendidos hacia las cuatro esquinas de la zona R de este esquema; y se conocen muy bien casos donde las cosas quedan allí, a menos que el sujeto pueda comprometerse en un psicoanálisis. El significante del nombre de la madre toma allí valor de figura obscena y feroz. En el estado del esquema L, en la superficie del plano proyectivo como sobre la banda de Moebius los cuatro términos no forman más que uno, anotado **aa'** en un relámpago, pase instantáneo. La construcción de este objeto es el objetivo del psicoanálisis, es el objetivo de todos los análisis particulares, cuyo censo constituiría al fin una clínica del psicoanálisis que ya no le debería nada a la nosografía jurídica.

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

Se podría finalmente ubicar al psicoanálisis en la continuación del problema del superyó. La construcción del objeto del psicoanálisis es un problema para el cual sólo la topología nos ha dado los medios para formularlo racionalmente, a pesar de su aspecto escandaloso para la razón. Este problema topológico nos conduce a construir un objeto que encuentra su prototipo scriptural en la teoría de los conjuntos, primeramente. Consiste en una letra introducida en el texto del discurso según modalidades que no son indiferentes. Con la topología del nudo, Lacan ha encontrado el registro más adecuado que le permite a cada quien tener allí un acceso particular. Cuando queremos agarrarnos del efecto práctico de esta solución lógica para el tratamiento de las afecciones, delirantes o somáticas, debidas al superyó, debemos volver a la definición lacaniana del superyó evocada más arriba. El hecho de concebir a éste como la ley que permanece incomprendida para el sujeto nos hace comprender que, en ausencia de una formulación correcta, es decir lógica, de la problemática del superyó, del cumplimiento del acto, del acontecimiento psíquico, no hay ninguna posibilidad de lograr el cese del terror de esta instancia. Y los hábiles tiene la facilidad de proclamar que esta solución es inaccesible: la única razón que pueden oponerle es que todavía no lo han logrado, por estar tan ocupados en intentar lograrlo. No hacen otra cosa que sostener un goce tanto dentro como por fuera del psicoanálisis. Mientras que esta reacción terapéutica negativa está generalizada en nuestros días, la topología del sujeto emprende una formulación que culmina en la construcción de un objeto impensable para la conciencia, para el yo. Impensable ya que se encuentra en el entrecruzamiento de lo imaginario, de lo simbólico y de lo real, y que no puede relevar más especialmente de una de estas dimensiones sin fracasar en anudarlas conjuntamente.

Quedaría por descifrar, como se ha podido hacer aquí con el superyó, la otra cuestión mayor que se inscribe en la segunda tópica de Freud y que se llama su teoría de las pulsiones: pulsión de vida y pulsión de muerte son dos o bien es la misma?. Queda también la cuestión ácida de la libido homosexual conexas a la formación del superyó y que es relacionada con la energía desplazable que Freud se ve llevado a postular. En lugar de reducir la homosexualidad al fetichismo, es decir a la perversión, y aunque Freud parecería prestarse a ello en su conclusión del análisis de Juanito, convendría seguir según el mismo método la descripción entre fetiche y fobia, atracción y repulsión, del circuito de la libido. Aparecería entonces que no se trata sino del reverso de la imagen narcisística, cuando la libido retorna en la deriva (pulsión) de su circuito. Pero, en cada caso, la estructura en su acabamiento domina esta curiosa temporalidad donde el antes y el después hacen conjunción y se distinguen. La vía lógica que hemos adoptado aquí a propósito del superyó no hace más que seguir a Freud cuando él responde a la pregunta que se plantea él mismo relativa al lugar desde

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.

el cual el superyó obtiene su dominación, su crueldad y su carácter compulsivo. Cuando se habla de una ausencia o de una insuficiencia de ligadura de la pulsión de muerte, de qué ligadura se trata sino de la ligadura social, que nombramos discurso o lazo interindividual? Se encuentra el prototipo inobjetable de ello en la práctica de la letra con sus procedimientos de división y de reunión (como se hace en las escuelas). Sólo esta razón lógica llevada hasta el extremo cierne lo real y roza la verdad para prohibirla. Es lo que se deduce de la construcción de Freud. Lacan con su topología no realiza otra cosa.

**Jean-Michel Vappereau
1988**

Traducción: Paula Hochman

Inserción de esquemas : Mónica Jacob

25-3-2026

LU . Jean-Michel Vappereau

Traducción: Paula Hochman

08. Superyo.
